



DE
PUÑO
Y LETRA



CATALINA MERTZ

¿Emoción artificial?

Cerrando el año, gran parte de las conversaciones son sobre los impactos que ha tenido la inteligencia artificial (IA) sobre nuestras vidas y el que tendrá en el futuro.

La IA es, en resumen, una tecnología que permite a las máquinas imitar habilidades humanas como aprender, razonar, resolver problemas o tomar decisiones. Aunque la IA existe desde 1950, su reciente masificación se debe a dos tendencias. Por una parte, se lograron enormes reducciones de costos de almacenamiento y aumentos en la velocidad de procesamiento de datos y, por otra, hubo hitos de innovación tecnológica, tales como la creación de un modelo que permite a las máquinas analizar todas las palabras de un texto al mismo tiempo, en lugar de hacerlo palabra por palabra como antes. Esto les dio la capacidad de identificar patrones complejos y contextos de una palabra o frase, reduciendo significativamente sus errores.

Pero, más que "imitar" a los humanos, en las conversaciones sobre la IA es común escuchar que esta "piensa" y "comprende", acciones intrínsecamente humanas. Estas analogías son muy útiles para entender lo que hace la tecnología, pero ¿cuán humana puede llegar a ser o llegará a ser la IA? En

entrevistas en diversos medios de comunicación, dos académicos internacionales que visitaron nuestro país recientemente aportaron algunas reflexiones al respecto.

Martin Hilbert, académico de la Universidad de Davis California que investiga el papel de la digitalización y del uso de algoritmos en el desarrollo de sistemas sociales complejos, compartió que hay estudios que demuestran que la inteligencia artificial puede ser más simpática que los humanos respondiendo a pacientes, por ejemplo. Pero advirtió que las máquinas nunca podrán tener empatía, sino que solo podrán fingirla. Recalcó que jamás tendrán emociones, y que, al igual que un psicópata, pueden dar la impresión de tenerlas.

Así, Hilbert aboga por asumir que estas tecnologías son una extensión de la mente, por lo que su correcto uso descansa críticamente en

el conocimiento previo de cómo funciona nuestra propia mente. En este contexto, propone no solamente enfatizar el autoconocimiento en la enseñanza, sino que derechamente limitar que niños usen IA.

Por su parte, Thomas Sargent, Premio Nobel de Economía 2011, relató que, al analizar preguntas que les había solicitado a sus estudiantes con antelación a una clase que iba a dictar, podía distinguir muy fácilmente las genuinas de las generadas por IA. Los alumnos claramente no tenían conciencia de lo evidente que resultaba la suplantación de sus mentes por la IA, y que su profesor sabría qué preguntas con niveles más altos de sofisticación que los correspondientes a su nivel de formación no podían ser auténticas.

Uno se pregunta, sin embargo, si es que las nuevas versiones de los modelos que vendrán lograrán emularnos mejor. Pero resulta que ya en

1970 un profesor de robótica japonés descubrió que existe un "valle inquietante", un fenómeno psicológico que consiste en que un robot que se parece demasiado a un humano nos repulsa, en vez de fascinarnos. Aunque aún no entendemos completamente este fenómeno, parece vinculado a nuestra evolución como especie, y a los mecanismos inconscientes que desarrollamos para identificar y confiar en otros humanos. Y es que como especie sobrevivimos gracias a que, durante los más de 50 millones de años de evolución desde los primeros primates sobre la Tierra, nuestro cerebro ha perfeccionado un complejo sistema de procesamiento inconsciente que nos permite, automáticamente, confiar, o no, en otros. Las investigaciones demuestran, además, que entre los atributos que nos fijamos para confiar en alguien están la integridad y la calidez. ¿Será posible que, en unas pocas décadas, los humanos logremos emular a la perfección en máquinas las habilidades para expresar e identificar estos atributos, y que la evolución generó en nosotros en millones de años? No lo sé, pero mientras avanzamos hacia este futuro incierto, preparar a las nuevas generaciones y a nuestras organizaciones para usar la IA con propósito y ética, y evitar sus riesgos, es una resolución de año basada en una preocupación para nada artificial. ¡Felices fiestas!

"MÁS QUE 'IMITAR' A LOS HUMANOS, EN LAS CONVERSACIONES SOBRE LA IA ES COMÚN ESCUCHAR QUE ESTA 'PIENSA' Y 'COMPRENDE', ACCIONES INTRÍNSECAMENTE HUMANAS".